

La que el orbe formó, mente infinita,
Su trono fija en el Tartesio hermoso.
Hado despues maligno entre horroroso
Polvo nubla su gloria, y ya marchita,
Del gran Murillo la guirnalda incita
Del pasajero el llanto ignominioso.
Mas ya de entre magníficos fragmentos
Tu honor, Sevilla, á renacer empieza.....
Hijos suyos, cobrad altos alientos,
Vencer debe Sevilla en la grandeza
De vuestros elevados pensamientos,
Cual ella vence en natural belleza.

VIII.

ASTÉRIE Á LA MEMORIA DE SU PADRE.

Cuando mi padre Anfriso, ya postrado,
El término fatal llegarse via
En que á los filos de la Parca impla
fumola al hombre inexorable el hado,
«No de grandes riquezas abastado,
Feliz podré dejarte, me decía;
Que ni en fértiles campos, hija mia,
Ni abundante jamas me vi en ganado.
»Mas júrame vivir en la inocencia,
Y así mi vida acabará gozosa
De darte, Astérie, la mejor herencia.»
Yo lo juré; y ¡oh sombra venturosa!
En vano gime Argiria, en su opulencia,
Por la felicidad que en mí reposa.

IX.

AL AMOR.

¡Así, amor, á tu duro cautiverio
Los mortales sujetas inclemente,
Del reino de la aurora al Occidente,
Del Bóreas al antártico hemisferio,
Y no contento con tan vasto imperio,
Al cielo elevas la atrevida frente,
Y el padre del Olimpo omnipotente,
Sufre por tí del orbe el vituperio!
No hay cetro que á tu cetro no se abata,
Y cual torrente, en furia turbulenta,
Tu fuego en cuanto vive se dilata.
Quien te resiste, resistir intenta
Al rayo, que las torres desbarata;
Al mar, que de sus cárceles revienta.

X.

EL AUTOR Á SU FORTUNA.

Del ingrato Melecio abandonada,
Arroja el plectro Filida graciosa,
Suspirando del hado querellosa,
Al ver la vil Corina más amada.
Y ante el ara por ella levantada,
Así al délfico dios clama llorosa:
«¡Gran Febol! por qué en otras venturosa,
Y en mi sola es tu lira desgraciada?»
Oyóla el dios, y al rústico Melecio
Atroz castigo dió su ira divina,
Pues Filida lo ve ya con desprecio.
Luego en brazos lo entrega de Corina;
Que no hay venganza como dar al necio
Libertad de buscarse su ruina.

XI.

Á LA MUERTE DE DON PEDRO DE ARJONA,
ABUELO DEL AUTOR.

Si tu adorada tumba noche y día
Bañan mis tristes ojos, padre amado,
El bien mayor la muerte ¡ay! me ha robado
Que el mundo todo para mí tenía.
Ni cesa mi dolor por más que pia
Una deidad risueña me ha mostrado
El triunfo en que, de glorias coronado,

Gozas sin fin la célica alegría,
Y la misma deidad, piadosa en vano,
Me arrebató otra vez, y á mi presencia
Tu urna cifó de lauro soberano;
Y grabó de oro eterno la sentencia
De tu destino así su ebúrnea mano:
No muere el justo más que en la aparición.

XII.

Á ALBINO.

Hallar piedad con llantos lastimeros
Entre los hombres Arion intenta,
Y le es más fácil que un delfín la sienta
Que no los despiadados marineros;
Pues rendido á sus trinos lisonjeros,
Benigno el pez al jóven se presenta,
Y en su espalda la noble carga ostenta,
Que arrojaron sus necios compañeros.
¡Ay! Albino, conócelo algun día,
Ni más el plectro con gemidos vanos
Intente ya domar la turba impia.
No se vencen así pechos humanos;
Busquemos en los tigris compañía,
Y verás que nos son menos tiranos.

XIII.

Triste cosa es gemir entre cadenas,
Sufriendo á un dueño bárbaro y tirano;
Triste cosa sulcar el Océano
Cuando quebranta mástiles y entenas;
Triste el pisar las líbicas arenas,
Y el patrio nido recordar lejano;
Y aún es más triste suspirar en vano,
Sembrando el aire de perdidas penas.
Mas ni dura prision, ni ola espantosa,
Ni destierro en el Níger encendido,
Ni sin fin esperanza fatigosa,
Es ¡oh cielos! el mal de mí temido;
La pena más atroz, más horrorosa,
Es de véras amar, sin ser creído.

XIV.

Á ITALIA, EN LAS GUERRAS DEL PRINCIPIO
DEL SIGLO XVIII (1).

Italia, Italia, ¡oh tú, á quien dió la suerte
Hermosura infeliz, sólo premiada
Con dote de la angustia, que pintada
Sobre tu faz por su rigor se advierte!
Fueses tú ¡ah! menos bella, ó bien más fuerte,
Que más temida, ó bien menos amada
Fueras del que parece que se agrada
De tu halago, y despues te da la muerte.
No armados yo en torrentes bajar víera
Del Alpe, ó que el frances del Po temida
La agua en tu sangre á sus caballos diera;
Ni de espada no tuya á tí ceñida
Prestar tu brazo á guerra forastera,
Esclava, ya venciendo, ó ya vencida.

ODAS.

I.

A LA NATIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA.

Si alguna vez del cielo
Mi espíritu encendido llama sagrada,
Y giró en presto vuelo
Mi mente sobre el viento arrebatada,
Hoy aliento más pio
Baña en celeste ardor el pecho mio.

(1) Traducción de un soneto italiano de Vincenzo Filicaja.

Y en humilde reposo
De amor goza el silencio deleitoso.

II.

LA DIOSA DEL BOSQUE (1).

¡Oh si bajo estos árboles frondosos
Se mostrase la célica hermosura
Que vi algun día de inmortal dulzura
Este bosque bañar!
Del cielo tu benéfico descenso
Sin duda ha sido, lícida belleza;
Deja, pues, diosa, que mi grato incienso
Arda sobre tu altar.
Que no es amor mi tímido alborozo,
Y me acobarda el rígido escarmiento
Que ¡oh Piritíol! condenó tu intento,
Y tu intento ¡Ixion!

Léjos de mí sacrilega osadía;
Bástame que con plácido semblante
Acceptes, diosa, en tus altares, pia,
Mi ardiente adoracion.
Mi adoracion, y el cántico de gloria
Que de mí el Pindo atónito ya espera;
Baja tú á oirme de la sacra esfera,
¡Oh radiante deidad!
Y tu mirar más nítido y suave
He de cantar, que fulgido lucero,
Y el limpio encanto que infundirnos sabe
Tu dulce majestad.

De pureza jactándose natura,
Te ha formado del cándido rocío
Que sobre el nardo al apuntar de estío
La aurora derramó;
Y excelentemente languida retrata
El rosicler pacífico de Mayo
Tu alma; Favonio su frescura grata
A tu hablar trasladó.
¡Oh imagen perfectísima del órden
Que liga en lazos fáciles el mundo!
Sólo en las brazos de la paz fecundo,
Sólo amable en la paz!
En vano con espléndido aparato
Finge el arte solícito grandezas;
Natura vence con sencillo ornato
Tan altivo disfraz.

Monarcas, que los pérsicos tesoros
Osentais con magnífica porfia,
Copiad el brillo de un sereno día
Sobre el azul del mar;
O copie estudio de émula hermosura
De mí deidad el mágico descuido;
Antes verémos la estrellada altura
Los hombres escalar.

Tú, mi verso, en magnífico ardimiento
Ya las alas del céfiro recibe,
Y al pecho ilustre en que tu númen vive,
Vuela, vuela veloc.
Y en los erguidos álamos ufana
Penda siempre esta cítara, aunque nueva;
Que ya á sus ecos hermosura humana
No ha de ensalzar mi voz.

III.

Á LA MUERTE DE SAN FERNANDO.

Vuelas en fin, Fernando victorioso,
Postrado el sarraceno,
Y de todos los bienes abundoso
Por tí el Tartesio ameno.
La muerte, que tu ley obedecía,
Hoy de tí se apodera;
Mas tiembla al esgrimir la espada impia,
Y tu virtud venera.

(1) Quintana aplaude el artificio métrico de estas estrofas, inventado por el autor. Está formado con un esdrújulo el hemistiquio de los dos versos primeros, el tercero es un sáfico, el cuarto un verso corto y agudo. El segundo miembro de la estrofa tiene la misma cadencia. (Nota del Colector.)

No tu númen imploro,
Moradora profana de Helicon,
La que en celeste coro
Cifó de estrellas inmortal corona,
Amorosa ya inspira
Divino fuego á mi templada lira.
Por la anchurosa tierra
El eco vuela de mi alegre canto
A quien vence sin guerra,
Y al orco lanza el congojoso llanto.
Del ocaso al oriente
Su triunfo aplauda la cautiva gente.
Ved, mortales, la aurora
De ventura y salud, que sin mancilla
Nace ya, precursora
Del sol divino: como al Indo brilla
Tierna luz, centellea
En las floridas cumbres de Judea.

Cual misero piloto
Que, cercado de horror, en noche oscura
Al ímpetu del Noto
Juzgó su vida y nave mal segura,
Con gozo repentino
Ve quieto el mar y el cielo cristalino,
Tal os nace gloriosa
La que el excelso formador del cielo
Escogió por esposa
Cuando bordaba el estrellado velo,
Y en eterna armonía
La fábrica del orbe disponía.
Cuando al sol adornaba
Los vivíficos rayos, y el lindero
Su diestra señalaba
A las hinchadas olas del mar fiero,
Ya su présaga mente
En ella se gozaba dulcemente.
Por su reina la aclaman,
Formándole diadema, las estrellas,
Y de su luz se inflaman,
Despidiendo de amor blandas centellas;
Raudales de contento
Inundan el humbrosio firmamento;
Y dimanando al mundo
Grato destello del celeste gozo,
Yace en placer profundo
El mortal, sonoliento de alborozo,
Que en gozar embebido,
De sí mismo reposa en el olvido.

Tal plácido arroyuelo
Se deshiza entre cándidas arenas,
Dando frescor al suelo;
Y con luces que al sol copia serenas,
Brilla graciosamente
El oro en su pacífica corriente.
Sus furros mitiga
El alterado golfo, y su riqueza
Largamente prodiga
Con más fecundidad naturaleza,
Y manan los collados,
En arroyos de néctar desatados.
Rie el prado, y de flores
Súbite en bella pompa se enriquece;
A sus tiernos olores
El aura en dulces besos se enardece,
Y muestran á porfia
Cielos, mares y tierra su alegría.

Sólo el rey del averno
Serpentea con horridos bramidos;
Que del dolor eterno
Rotos ve ya los vinculos temidos,
Y al fuerte impulso abiertas
De horrendo bronco las inmensas puertas.
Y más, al mirar, gime,
Patente ya la célica morada,
Y que airado no esgrime
El serafin flamígero la espada;
Que nuevo eden de vida
A delicias sin término convida.

Mas ¡dónde, lira mia,
Dónde tu dulce admiracion te lleva?
Deja ya la osadía,
Que á extraña de un mortal region te eleva,

Y «Oh tú, clama, gran rey, no á mis furros
Me juzgues entregada;
Que á vibrar de mi acero los rigores
En tí llevo forzada.
» No bastan ya los reinos de la tierra
A coronar tu cielo;
Immortal triunfador en doble guerra,
Vuelve á tu patrio suelo.
» Vuelve á tu patria, que en el cielo mismo
Fué tu dichosa cuna;
Que él te dió por esclavos el abismo
Y la instable fortuna.
» Así Aquilon cuando furioso agita
Toda la alta montaña,
No más veloz al polvo precipita
La movediza caña,
» Que tú al hijo de Agar en un momento
Del cetro despojaste,
Y la insignia de eterno vencimiento
Sobre su irono alzaste.
» Mas no tu gloria, portentoso rey,
Bétis fué en sangre rojo,
Ni temblando aguardar de tí la ley
El africano arrojó.
» La inconstante fortuna, que gemia
Porque tu esclava fuera,
En la copa falaz de la alegría
Envenenarte espera.
» Cual suele ufano caudaloso río
Dominar la ancha vega,
Que las ondas extiende á su albedrío
O á su lugar repliega,
» Tu imperio siempre fué: camina atenta
La victoria á tu lado;
Llanas las altas cumbres te presenta
Y prisionero al hado.
» A tí vuelve los ojos vigilante,
Y tus señas espera;
Y si te agrada, defenderá al instante
Al sol en su carrera.
» Por tí esmalta el Agosto el prado ameno,
Como florido Mayo;
Vistese el cielo del azul sereno,
O lanza airado rayo.
» El pueblo conquistado te respeta,
El vencedor te adora;
La religion, que altares te decreta,
Apresura la hora.
» ¡Númen mortal! el orbe se prosterna,
A tu luz eclipsado;
Pero tú adoras la virtud eterna
Al verte así adorado.
» Fortuna, tu veneno delicioso
Fué salud á Fernando;
Sólo es mayor que el corazón grandioso
La gloria en que va entrando.»
Dijo; y con golpe plácido divide
Al alma generosa
El sutil velo, que la vista impide,
En que inmortal reposa.
Venciste, rey, en fin, la seductora
Fuerza de feliz suerte;
Tales los héroes son que el cielo honora
Y que ensalza la muerte.

IV.

A LA NOBLEZA ESPAÑOLA.

Si mi dolor, ¡oh patria! si mi llanto
Tu perdido poder bastara á darte,
Cénida luego del laurel de Marte
Te contemplara el orbe con espanto.
Mas, si negado fué tal poderío
Al triste llanto mío,
Dame siquiera ¡oh númen de la glorial
Renovar altamente la memoria
Del claro honor que iluminó algún día
Los venturosos fastos de la España.
Quizá el áureo (1) esplendor de tanta hazafia

(1) Quintana, en el *Tesoro del Parnaso español*, imprimió claro.
El autógrafo que tenemos á la vista dice *dureo*.

Deshaga el hielo vil, que la osadía
De los hijos del Ebro ya aprisiona,
Nacidos para asombro de Belona,
Belona, cuyo templo aún adornado
¡Oh grande Hesperia! ves de tus blasones;
Cuyos muros aún muestran los pendones
Que el orbe todo veneró postrado;
Aun ves de tus dos mares las arenas
De mil rotas entenas
Cubrir, al soplo airado de los vientos,
Lanzados por el golfo los fragmentos;
Y del furor de nuestros padres vivo
Sólo el nombre restar de dos Scipiones;
Y cuando en el valor de sus legiones
Plegar se jacta el Capitolio altivo
A sus leyes el mundo, su arrogancia
Y su ejército muere ante Numancia.
¡Oh patria! Yo te admiro cuando en vano
Cifó seis veces el ardiente acero,
Y postrado yació de un bandolero
En tus campañas el poder romano;
O ya cuando aterró con propio estrago
Al héroe de Cartago,
De Roma la aliada más gloriosa;
O cuando el gran Pompeyo apenas osa
Contener al proscrito que te guía.
¡Después de cuantos lutos, oh Senado,
Tarde el laurel por el ciprés trocado,
Por tí Octavio clamara: «¡Iberia es mía!
La primera provincia á mí agregada,
La postrera de todas subyugada.»
Y á tí, de Agar altivo descendiente,
Que, la arenosa cuna abandonando,
Tu dominio y tu error vas igualando
Al giro de los mares de occidente:
¡Ay, á España te llama fácil Marte
¡Incauto! por burlarte,
Do las Navas caer tus fuertes vean,
Que con sus rotos huesos aún blanquean;
Y en sangre rojo el campo del Salado,
De tu ignominia eterno monumento,
Ya cercano te anuncie el vencimiento,
Sólo por tantos siglos dilatado,
Para que en Asia y Africa pregones
De la España los inclitos varones.
Y digas cómo el fúlgido estandarte
De la victoria enarboló Pelayo,
Y la nube que encierra el fiero rayo
De los montes empieza á amenazarte.
Y cómo de las árabes cuchillas
Ya libres las Castillas,
Son sus muros los montes Marianos;
Hasta que entregas las cautivas manos
Al héroe santo que vencido adoras,
Aunque por él los fértiles collados
De Turdetania arrebatarte lloras,
Y tu postrer anhélito en Granada
De otro Fernando falleció á la espada.
Entonces ¡oh virtud! del alto cielo
Con mano liberal tus sacros dones
Derramaste en los claros campeones,
Última gloria del hispano suelo.
Se estremeció la Europa, y casi esclava,
Sus pueblos ya enviaba
Bajo el yugo español; mas al domarlos,
Faltó á Filipo el ánimo de Cárlos.
Entonces un Dios en ignorado mundo
A Pizarro y Cortés rindió sus puertas,
Y la luz viste, América; y abiertas
Las hondas venas, que en ardor fecundo
De preciado metal adorna Febo,
Reinó en dos mundos quien reinó en el nuevo.
Tú, Belgio funeral, región de espanto,
Tumba fuiste á tan alto poderío;
En tu campo ¡oh dolor! se apagó el brío
Que elevó al español á imperio tanto.
¿Dónde está tu altivez, oh patria amada,
Que otro tiempo, cercada
De aquella siempre indómita nobleza,
Cual desde muro de inmortal fiera,
Burlabas los contrarios escuadrones?
Entonces sólo sin vergüenza pudo,

Rojo en sangre enemiga el fuerte escudo,
Del valor ostentar los galardones;
Y eterna execración fué prometida
Al que no supo despreciar la vida.
Ya tú, nobleza, al lujo abandonada,
Fiera de un vano honor, de oro sedienta,
Cual mercenaria á Marte se presenta,
Con laurel otra vez sólo premiada.
¡Sangre del vencedor de Garellano,
Y del que sobrehumano
Dió acero contra el hijo! arde, y derrama
En tu progenie del honor la llama.
Así el león altivo breve injuria
Tal vez la selva vió sufrir; mas luego
Sacude el cuello, ruge, vivo fuego
Lanza la atroz mirada, y en su furia
El bosque reconoce amedrentado,
De su rey el valor nunca postrado.
Arden por gloria, gremio esclarecido;
Buscad, jóvenes claros, los combates,
Y el pueblo os seguirá, que á los magnates
En vicio y en virtud siempre ha seguido.
Así el que rige el fulminante carro,
Competidor bizarro
De los rayos del rey del firmamento;
Y el que agita al brido, hijo del viento;
Y el infante que en orden arrojado
Da y recibe la muerte; y el que humilla
Al ponto airado en victoriosa quilla,
Te harán preciosa al Tánemes nublado,
Te harán temido al Ródano profundo,
Te harán ¡oh patria! adoración del mundo.
Vosotras ¡oh! por el solar hispano
Sombras heroicas, encended el brío
Que el fuerte macedon en mármol frío
Inspirar supo al dictador romano.
Amor de gloria al español se cante
En la cuna ondeante;
Amor de gloria, que llevó algún día
El terror de su augusta monarquía,
Lance la esposa de su dulce gremio
A quien de amor cobarde pida el premio,
Desguarnecida de laurel la frente.
Heredero de un nombre de victoria,
¡Oh, vuélvele, español, su antigua glorial

V.

A LA MEMORIA.

Hija del cielo, bella Mnemosina,
Que de Jove fecunda,
Diste la vida á Clio en la colina
Que eterna fuente inunda:
Si ya algún día te adoré en el ara
Que el pincel sobrehumano
Del vencedor de Apéles te elevára
En el jardín Albano,
Báñame, oh diosa, en tu esplendor risueño,
Que abrasa y no devora,
Y, rico de tu don, mire con ceño
Cuanto Cresos atesora.
Tú, diosa, de purísimos placeres
Aurora eres divina,
Tú en las desgracias y tristezas eres
Celeste medicina.
Por tí se goza el adalid dichoso
En su pasada gloria,
Y bajo sus laureles orgulloso
Ve durar su victoria.
Por tí el amor sus triunfos eterniza,
Y en lazo permanente
Aprisiona el placer que se desliza
Cual rápido torrente.
Por tí á los campos vuela de la aurora,
Y el Indo nacer miro,
Y á par de la cuadriga voladora
Por cielo y tierra giro.
Tú, la muerte venciendo y las edades,
Reengendras las acciones,
Y nuevo lustre al esplendor añades
De gloriosos varones.

Tú á los llanos de Egipto me arrebatas,
Del saber clara fuente,
Y sus altas pirámides retratas
A mi atónita mente.
Allá tu gloria, Salamina, veo;
Tu campo allá se ufana
¡Oh Maraton! con el feliz trofeo
De la fuerza persiana.
Ya escucho al vencedor de Trasimena
Y á tí, por quien Cartago
Vió trasladar á la africana arena
De Cánas el estrago.
Ilustres héroes, de mi patria gloria,
Aun habláis, y al oiros,
Del pecho lanza vuestra fiel memoria
Tristísimos suspiros.
Haz que mi nombre, al número glorioso
Eternamente unido,
En ecos de la fama victorioso
Barle el innoble olvido,
Y brille ¡oh dios! en tu mármoleo templo,
Donde mi Elisio brilla;
Elisio, á todos celestial ejemplo
De virtud sin mancilla.
¡Ah! Si por dicha en la ribera ardiente
Yo del Níger me viera,
Sonar tu nombre, Elisio, eternamente
Sobre mi lira hiciera.
Y allí fuera feliz; que si temores
Siempre al inicuo oprimen,
Sabes, diosa, colmar con tus favores
A un corazón sin crimen.

VI.

A LA CONCEPCION INMACULADA
DE NUESTRA SEÑORA.

Ya victoriosa la ciudad que un día
Vió estremecer su imperio,
Cuando en los tres hermanos Alba fia
Los lazos quebrantar del cautiverio,
Por cuanto el mar rodea y Febo dora
Feliz se ufana universal señora.
Desde el Indo abundoso hasta do Bétis
Ve descenderse á Apolo
Del manto ardiente, y á correr de Tétis
Las ninfas á templarlo, se oye sólo,
Sólo resuena el eco de la Fama,
Que eterna á Roma en su poder aclama.
El que el Danubio bebe, y el britano
Vanamente aguerrido,
El ibero feroz y el mauritano,
Que aún los manes agitan de su Dido,
En las cadenas del romano gime
Y al dictador adora que lo oprime.
Hija ilustre de Venus y de Marte,
Clamó el orbe postrado,
Vivas en siglos mil sin marchitarte
Bárbaro esfuerzo de contrario hado,
Y, émula del Olimpo, por tu asiento
Trueque Jove tal vez su firmamento.
Así Roma su claro señorío
Altiva difundia,
Como más refulgente en el estío
Brilla el autor del ardoroso día,
Y el rey del cielo, en su feliz carrera,
Ni mengua teme ni crecer espera.
Mas entre tanto, del supremo sólo
El padre omnipotente
Miró el alto y soberbio Capitolio,
De humo profano y fuego impuro ardiente;
Mirólo, y en su ceño ya fulmina,
Triste Roma, el decreto á tu ruina.
Que ante su augusta vista ya aparece
Tu reino de grandezas
Leve nube que esmalta y enriquece
Apolo al tramontar de mil bellezas;
Languidece en un punto, y vil juguete
Es ya del aquilon que la acomete.
Y «No, dice el Eterno, no mi gloria
Aun el humano entiende:

Tú, alado coro, canta la victoria
A la alta hazana que mi brazo emprende;
Canta, oh Querub y Serafin flamante;
Tiempo habrá que con vos el hombre cante.»
Dijo; y todo el empirio se enmudece,
Prosternado á su mando;
En su seno amoroso la luz crece,
Y la va por los tronos dilatando;
Arde y brilla el amor, y el coro santo
El fin espera en delicioso espanto.
Cuando sobre los montes de Judea
La vista Dios inclina,
Siente el Jordan su influjo, y se hermosea,
Transformada en eden, la Palestina,
Y aun cuando al barro derramó su aliento,
No lo admiraba el ángel tan atento.
Maravilla mayor su excelsa diestra
En orden nuevo traza
De su inmenso poder inmensa muestra,
En que portentos mil y mil abraza;
De David una hija el templo ha sido
Que para sus prodigios ha escogido.
Mas ya del seno divino desprende,
Y al seno de Ana envía
La alma fulgente que al pasar enciende
La turba celestial que la atendia;
Los ángeles la ven, si verla pueden,
Y, velando sus faces, retroceden.
Tal el rayo del sol sobre Anfitrite
Gallardo reverbera,
Y ardiente el golfo con la luz compite
De la frente de lucas placentera:
Cielo y tierra, miradla: ya es María;
Ya hay de Dios temporal sabiduría.
Mas al salir de su inflamado pecho,
Quedó al cielo patente,
Y el eternal arcano ya deshecho
Que en algun tiempo vió la humana gente.
Vélo ya el serafin, y se recrea
De contemplarlo en la infinita idea.
Ve que el Autor á cuya voz el mundo
Pareció de repente,
Hora el misterio de su amor profundo
Descubrirá por ella, descendiente
Del padre de la fe, que Dios bendijo,
Porque esperó progenie, aun muerto el hijo.
Vélo humillado, vélo sacrificio
Del general pecado,
Y la infausta divisa del suplicio,
Sobre el mortal orgullo derrocado,
Erigirse triunfante, y que abatida
Roma sola se precia de vencida.
Así en los siglos triunfará amoroso
El que la carne pura
Vistió de esta doncella, en el dichoso
Número que arrebató su hermosura,
Y desprecia con ceño la vileza
Del arabio metal y su grandeza.
Hasta que al fin del tiempo, desplomado,
El orbe se arruine,
Tornando al caos, de do fué formado,
Y, mal su grado, la impia turba incline
El cuello enhiesto, y en su angustia pruebe
Que su dicha fué del viento leve.

VII.

EN LA MUERTE DE CARLOS III.

¡Adónde ¡oh musal de tu soplo ardiente
Inflamada la mente
Arrebatarme siento
En furor soberano!
Léjos, vulgo profano;
Que ya en mi espina el celestial aliento
Del que, crinado
De oro cendrado,
En más fogosa luz los cielos dora
Que la luz de la aurora.
Ya de Helicon á la elevada cima
Mi vuelo se sublima;
Ya del fulgor divino

El ánimo asaltado,
El arcano sagrado
Va á penetrar del eternal destino
Sobre la altura
De Cinosura,
Llevado en raudas alas me remonto,
Sin recelo del Ponto.
Contra la avara fuerza del Leteo
Mi nombre ilustre veo,
Que los siglos trasciende;
Tú, pues, celeste Clío,
Del monarca más pio
En verso digno la alabanza emprende.
Y vos, ¡oh bellas
Píerias doncellas!
Mis acentos guiad; que ya deshecho
Arde en furor el pecho.
Así en Delfos la sacra Pitonisa
Tal vez rogada pisa
La tripode dorada,
Y del rayo potente
Herir turbado siente
El pecho virginal, cuando inflamada
Del vivo fuego
No halla sosiego,
Y en torva vista y ronca voz pronuncia
Lo que Febo le anuncia.
No me engaña el gran númen: de él llevado,
Penetro, arrebatado,
Las célicas esferas,
Donde á Jove tremendo
En su trono estoy viendo
De los dioses cercado, y placenteras
Todas las diosas
Brillar hermosas
Y resonar, en torno el alto polo,
La cítara de Apolo.
Del claro Apolo, que de luz ardiente
En veste refulgente,
El sacro triunfo canta
De Carlos, que al ibero
Deja digno heredero,
Y del empirio con gloriosa planta
Huella la cumbre
Do con la lumbré
De sus virtudes tanto resplandece,
Que á Titan escarece.
«Salve ¡oh tú! dice, que al Olimpo alzado,
Mereces fortunado
Del rey á quien honora
El alto firmamento,
Que en celestial contento
Se goce el cielo cuando España llora.
Salve, y radiante
La sien triunfante
Orna feliz, en la region suprema,
De más régia diadema.
» Ya se adelanta tu celeste esposa,
De hallarte deseosa,
Que de nietos ceñida,
Y el que á anunciarle vino
Tu próximo destino.
Tardo te llama, de tu amor ardida.
En más estrecho
Lazo su pecho
Al tuyo se unirá, sin que de Cloto
Tema ser nunca roto.
» Mas vuelve en tanto paternal mirada
A Hesperia desolada;
Hesperia, cuyo duelo
El gozo apenas templa,
Cuando ya te contempla
En mejor sítio trasladado al cielo.
Alzar las manos
Ve á los hispanos;
Cuál hasta Olimpo su gemir levanta,
Y cuál tu gloria canta.
» El tiempo se apresura en que, invocado
Sobre altar elevado
Nuevo númen de España,
Cante el himno de vida
El que ora en tu partida

Con tierno lloro su sepulcro baña.
El peregrino
Largo camino
Vence por tí, y el que en Egipto mora,
Y el que Libia colora.
» Con más vivo esplendor tu gloria entónces
Entallarán los bronces,
Ya cuando de diamante
El pecho guarnecido,
Todo en sangre teñido,
Mavorte vió tu brazo fulminante,
Blandió su acero
Mientras severo
Los desbocados potros agitaba,
Que Tesifon guiaba,
» Y tremolada al viento la bandera,
Tronó su trompa fiera,
Y la implacable guerra
Que al germano movía,
Sus odios extendía
Por el turbado giro de la tierra,
Cuando á su saña
Opone España,
Bajo sus rojas cruces, escuadrones
De intrépidos leones.
» Viérate allí, la diestra levantada,
Vibrar la ardiente espada
Italia temerosa,
Ya en Palermo triunfando,
Ya el golfo dominando
A quien Cayeta nombre dió gloriosa,
Cual caña leve
Cuando conmueve
Éuro los montes de su eterno asiento,
Rendido en un momento.
» O ya cuando por áspero camino
Las nieves de Apenino
Nuevo arnés te labraron;
O en el asalto horrendo
Do, no desfalleciendo
Cuando Marte y Belona te olvidaron,
Al enemigo
Duro castigo
Diste en Veletri, que en infame huida
Vió su astucia abatida.
» O en el carro de Marte glorioso,
Cuando, ya victorioso,
Te dió el cetro negado
Partenope rendida,
O cuando en tu partida
Voz de dolor el pueblo conturbado
Al cielo envía,
Y en su porfía,
Ciego de amor, contrarestar quisiera
Del hado la carrera.
» Y dilatando tu feliz imperio
A uno y otro hemisferio,
De Jano el templo santo
Cerraste. La sagrada
Frente luégo cercada
De oliva y rosas, y de blanco manto
La paz vestida,
Restablecida
Entónces fuera á tu imperioso acento
En su turbado asiento.
» O bien cuando las selvas trasladadas
A las ondas airadas,
Triunfadoras domaron
Los reinos del potente
Señor del gran tridente,
Y al Caledonio despota enfrenaron.
El mercaderante
Desde Levante
Libre goza el camino hasta do mora
Quien fiel al sol adora.
» Y el labrador que á Ceres ya no clama,
Y en su altar no derrama
La leche, miel y vino,
Ni á su imagen amiga
Cine dorada espiga,
El recental á tu favor divino
De su rebaño

Dará cada año,
El tiempo refiriendo en que ensalzado
Por tí fué el corvo arado.
» Del Permeso las sacras moradoras
Con cítaras sonoras
Por tí restituido
Su imperio en todas partes
Dirán, y ciencias y artes
A tí el honor darán, por tí adquirido,
Y cada día
Nueva alegría
Recibirá en tu gloria el firmamento
De tenerte en tu asiento.»
Dijo; y brilló de nuevo más lumbroso;
Al mortal venturoso
El padre omnipotente
De sagrada ambrosia
El cabello rocía,
Y afirmando el anuncio, la alta frente
Suave inclina,
Y su divina
Fuerza el Olimpo alónto sintiendo,
Tembló con fuerte estruendo.

VIII.

EN HONOR DE DON JUAN BAUTISTA
ARRIAZA (1).

Salve, mi amigo, de las Musas gloria;
Tus dulces versos por el orbe todo
Hará inmortales el glorioso siempre
Febo divino;
Que á tu cabeza de purpúreas rosas
Y verde lauro la corona cine,
Y á par de Horacio te levanta luégo,
Y de Tibulo.
Las bellas ninfas del undoso Tajo,
Cuando tus cantos agradables oyen,
Del sacro albergue saltan, y las palmas
Baten festivas;
Y descénidas con pudor las Gracias,
Mil bellos bailes en tu cerco forman,
Y, voladores, el festejo siguen
Tiernos amores.
¿Quién te ha inspirado tan graciosos versos?
¿Quién tu dulzura cantará y tu fuerza?
¿Cuál de tu lengua voz suave fluye
Melodiosa!
Pues cuando cantas en tu dulce lira,
Náyade bella de las aguas huye;
Tu voz el coro de las nueve hermanas
Luégo repite.
Y si celebras al caudillo hispano,
Varón en guerra y en la paz ilustre,
Cuyos desvelos á su patria ofrecen
Bienes y glorias,
Vario, elegante, cual Horacio hermoso
Cantas entónces, y á mis ojos brillas
Grave, sublime y grandioso como
Pindaro mismo.
¡Oh, si me diese de suaves versos
Un don Apolo que emulase al tuyo,
Con que tus metros ensalzar pudiera
Digna mi lira!
Mas pues que débil se atreviera en vano
Mi voz humilde á remedar la tuya,
Salve, mi amigo, de las Musas gloria;
Salve mil veces!

IX.

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON ANTONIO DESPUIG,
CON MOTIVO DE SU EXALTACION Á LA SANTA IGLE-
SIA METROPOLITANA DE SEVILLA (2).

El Pontífice eterno, que del sítio
De lumbré inaccesible y gloria inmensa,

(1) Esta oda es traducción de la que escribió en griego don Benito Pardo. (Nota del Colector.)

(2) Esta poesía fué impresa en Sevilla en 1796. La publicamos